



Cròniques Viatgeres



XIV Feria Internacional del Libro de Guadalajara (México)

25 de noviembre al 3 de diciembre de 2000

Por Victoriano Colodrón

Una Feria singular

La Feria Internacional del Libro de Guadalajara (FIL) es sin duda una de las más importantes del mundo de la edición en español. Por su capacidad de convocatoria de los distintos agentes del sector del libro de los países hispanoamericanos, por el volumen de negocio que genera, por la riqueza y la variedad de su programa profesional y de actividades culturales paralelas, la FIL de Guadalajara les disputa al LIBER y a la Feria de Buenos Aires¹ la condición de principal punto de encuentro del sector en el ámbito hispanohablante.

A diferencia de lo que sucede con el LIBER, la FIL de Guadalajara tiene la particularidad, que comparte con la Feria de Buenos Aires, de haberse convertido en un gran acontecimiento cultural público. Para ello, no limita su campo de acción a los profesionales, sino que se abre a los lectores, que además de poder asistir a las innumerables actividades que se programan cada año, tienen la oportunidad, nada desdeñable en un país con tan exiguas y precarias redes de librerías y bibliotecas, de encontrar en los *stands* miles de títulos y, lo que es más importante, de comprarlos, por regla general con descuentos especiales.

De sus nueve días de duración, sólo tres está la Feria reservada a los profesionales; durante los seis restantes la afluencia de público es espectacular, y en especial de público infantil y juvenil, normalmente en visitas organizadas de grupos escolares. Más que de acontecimiento cultural, podría hablarse de una gran actividad popular de ocio, a la que acuden de paseo las familias, a mirar y comprar libros, sí, pero también a disfrutar de las actividades y del ambiente general de fiesta, de los pasacalles, la música, los actores que recrean escenas literarias, los payasos.

Todo ello le da una vitalidad especial a la FIL, que puede describirse, con óptica española y utilizando el símil de Antonio M.^a Ávila, director ejecutivo de la Federación Española de Gremios de Editores, como una mezcla del LIBER y la Feria del Libro de Madrid.

Otra singularidad de la FIL de Guadalajara que hay que citar, en este sintético repaso comparativo entre las principales ferias del libro iberoamericanas, proviene de la cercanía de México con Estados Unidos, lo que se traduce en un elevado número de asistentes profesionales de ese país (un total de 900, este año). Muy relevante resulta la presencia de distribuidores y bibliotecarios estadounidenses, presencia que le confiere un atractivo especial a la Feria a ojos de los editores de países hispanohablantes. Según ha explicado Ramón Abad, director de la biblioteca del Instituto Cervantes de Nueva York², la American Library Association apoya cada año, con ayudas económicas, la participación de bibliotecarios de Estados Unidos que se encarguen de colecciones en lengua española, y “una parte importante de las compras de libros en español para bibliotecas públicas norteamericanas se hace a través de la FIL”.

Por cierto, que la Federación de Gremios de Editores de España, principal organizadora del LIBER, viene invitando, desde hace dos años, a un grupo de bibliotecarios estadounidenses a la principal cita profesional del sector del libro en nuestro país, en una iniciativa que tiene previsto potenciar en próximas ediciones de la feria.

A todo ello hay que sumarle, como particularidad de la Feria de Guadalajara frente a las otras dos “grandes” del mundo hispánico, el hecho de no celebrarse en la capital del país correspondiente (salvada la precisión de que el LIBER se celebra alternativamente en Madrid y Barcelona). Esto también contribuye a configurar su personalidad. Guadalajara, capital del estado de Jalisco, no es precisamente una ciudad pequeña. En los últimos años ha crecido mucho, hasta el punto de que en su conurbación viven unos seis millones de personas. Pero sigue sin ser nada comparable a la ciudad de México, y al decir de quienes conocen bien la monstruosa urbe del distrito federal, no cabe concebir que en ella pudiera reproducirse el mismo espíritu festivo y cálido con que se vive esta Feria en la capital tapatía. Porque la FIL de Guadalajara es una fiesta. Un año antes de haber tenido la ocasión de conocerla, así se lo había oído decir este cronista a Luis Izquierdo, de la empresa Tarahumara, representante de la FIL en España, y así lo pudo constatar hace unas semanas.

Guadalajara, que conserva un cierto sabor provinciano, ofrece a los feriantes no pocos atractivos añadidos a los estrictamente profesionales de la Feria: la vitalidad y el bullicio de su centro histórico, por donde se puede callejear sin sensación alguna de inseguridad; su arquitectura colonial, con edificios de tanta belleza como el Hospicio Cabañas, generoso en patios de piedra y silencio; la artesanía de Tlaquepaque y el tianguis (mercadillo) de Tonalá; los mariachis callejeros; la cantina La Fuente, que frecuentaban Rulfo, Arreola y otros escritores, y que hoy acoge a un público diverso, en su mayoría joven, que fuma y platica a placer, coreando a pleno pulmón las viejas canciones que entona un grupo de músicos... Todo ello por no mencionar las delicias de la gastronomía (pozole, birrias de chivo, tacos de pollo dorados, quesadillas de flor de calabaza o huitlacoche o rajas de chile...) y las variedades de tequila de calidad, bebida originaria de la localidad jalisciense del mismo nombre, que los profesionales del libro degustan por la noche en los restaurantes y los bares por donde se prolongan la Feria, los encuentros, las pláticas, los chismes y rumores ...

En cualquier caso, lo que puede resultar interesante señalar es que, como han apuntado algunos buenos conocedores del mundo cultural mexicano, la FIL de Guadalajara rompió la “macrocefalia” que en materia de cultura todo lo centralizaba en la ciudad de México, demostrando que también en “provincias” podían organizarse acontecimientos culturales de primer orden, incluso de dimensión internacional, y que podía hacerse mejor que en la capital. En ese logro, alcanzado en tan poco tiempo, ha tenido mucho que ver la Universidad de Guadalajara, la institución que impulsó la creación de la Feria —otra de sus singularidades— y que aún está implicada de lleno en su organización, lo que contribuye, entre otras cosas, a la fuerte dimensión académica del acontecimiento.

Profesionales de la gozadera

El domingo 26 de noviembre por la mañana, el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), encabezado por su nueva directora, Adelaida Nieto, ofreció un desayuno de trabajo a los representantes del sector editorial de Iberoamérica, aprovechando su participación en la Feria de Guadalajara: las Cámaras del Libro de los países hispanoamericanos, la Federación de Gremios de Editores de España, los ministerios de cultura español y mexicano y las sociedades de gestión de derechos reprográficos de España (CEDRO) y México (CEMPRO) estuvieron presentes en la reunión, a la que asistió también el ex-presidente mexicano Miguel de Lamadrid, como responsable de la histórica editorial Fondo de Cultura Económica (FCE), cargo que poco después debería abandonar debido al cambio de gobierno en México (y se rumoreaba por la Feria que el nuevo presidente, Vicente Fox, tiene previsto privatizar el FCE).

La colombiana Adelaida Nieto, entusiasta y enérgica, expresó su compromiso con el desarrollo de las funciones que tiene encomendadas el CERLALC, en un discurso trufado de declaraciones de pasión por los libros y la lectura. En su reflexión inicial sobre la globalización, formuló la siguiente pregunta sobre este fenómeno: “¿Degenera nuestros sentimientos, pervierte nuestros pensamientos, o nos hace gigantes de la *sentidera* y la *pensadera*?”. Más adelante abogó por un tipo de lectura que en lugar de servir sólo para acumular información, permita aplicar el conocimiento adquirido para la mejora de la calidad de vida, y habló de la necesidad de “lectores sensibles para interpretar el mundo y creativos para reconstruirlo tantas veces como sea necesario”. “Ya es tiempo”, dijo, “de superar la pobreza no solamente material sino espiritual, porque requerimos una existencia estrechamente vinculada a la capacidad del ser humano de innovar, de mejorar su manera de comprender el mundo, de actuar sobre él, pero fundamentalmente, de convertirnos en unos profesionales de la *gozadera*”.

En el diálogo que se entabló tras la intervención inicial de Adelaida Nieto, los presentes manifestaron su confianza en que su llegada al frente del CERLALC sirviera para sacar a esta institución de la crisis en la que ha estado sumida en el último año, y le brindaron su apoyo y colaboración. También le precisaron sus expectativas respecto al trabajo que el CERLALC puede realizar en pro del sector, y le dirigieron algunas peticiones concretas. Entre ellas, una mayor presencia de este organismo en cada uno de los países asociados, para mitigar la impresión de que concentra en exceso sus esfuerzos en el país en el que tiene su sede, Colombia; un refuerzo de las acciones encaminadas a favorecer y facilitar el comercio del libro en la región; la intensificación de la política de defensa de los derechos de autor en Iberoamérica y de lucha contra la piratería editorial; y el fortalecimiento de las actividades de información y comunicación profesional (Adelaida Nieto anunció la próxima disponibilidad en Internet del repertorio integrado iberoamericano del ISBN, hasta ahora publicado en CD-ROM).

La nueva directora del CERLALC, que no dejó de tomar notas durante todo el diálogo, mencionó en varias de sus intervenciones, con admiración y elogio hacia la labor bibliotecaria, su reciente participación en el II Encuentro Iberoamericano de Responsables Nacionales de Bibliotecas Públicas, que se había celebrado unas semanas atrás en Antigua (Guatemala), organizado por la Subdirección General de Coordinación Bibliotecaria del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte español.

Números y espectáculo

Crecimiento. Esta es la palabra que ha marcado la XIV edición de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (25 de noviembre-3 de diciembre de 2000), que algunos ya consideran la más importante del ámbito hispánico, por delante de la de Buenos Aires y del LIBER español.

Asistieron a esta edición de la FIL 345.000 personas, lo que supuso un incremento del 15% respecto a la celebrada en 1999. Entre las causas de este crecimiento se encuentra el aumento de la superficie

dedicada a la exposición, que pasó de 16.000 a 24.000 metros cuadrados. Y frente a los 271 stands de 1.000 editoriales procedentes de 30 países que pudieron visitarse el año pasado, la FIL ha albergado este año 367 stands de 1.115 casas editoriales de 32 países. De esas editoriales, 487 eran mexicanas, y el resto, 648, empresas de otros países, entre los que cabe destacar a España, con 300 editoriales representadas. Por cierto que a más de un visitante le sorprendió la sensación de claridad y organización de un espacio expositivo tan grande y tan densamente poblado.

Participaron en la FIL unos 9.000 profesionales del sector del libro, entre autores, editores, distribuidores, libreros, bibliotecarios y representantes de otro tipo de instituciones y entidades, tanto públicas como privadas. Entre ellos se encontraban también unos 45 agentes literarios, que este año contaron por primera vez con un programa de actividades y un centro de atención específicos, a semejanza de lo que sucede en la Feria de Frankfurt. En la organización de esta novedosa iniciativa colaboró la muy cordial agente literaria Ray Güde-Mertin, traductora y responsable de una de las principales agencias alemanas, que representa a autores como José Saramago, Luis Sepúlveda o el colombiano Santiago Gamboa.

Otra de las novedades de la Feria guadalajareña del 2000 fue la prestación de un servicio de atención de consultas bibliográficas (que se llamaba, con anglicismo consolidado ya en la terminología bibliotecaria hispana, "Centro de *referencia*"), que recibió unas 10.000 peticiones de información diarias, entre las de los profesionales y las del público.

Del resto de los guarismos abrumadores de esta edición de la FIL pueden destacarse los 82.000 títulos expuestos, los 250 escritores y 130 académicos asistentes, las 200 presentaciones de libros, los 13 foros académicos, 8 foros literarios, 14 exposiciones y otros 8 actos culturales. Por no hablar del número de niños, jóvenes y ancianos que visitaron las áreas del espacio ferial destinados a ellos y que asistieron a las actividades de los correspondientes programas específicos.

También merece la pena resaltar que cubrieron el acontecimiento 850 periodistas de 194 medios de comunicación procedentes de 18 países de América, Europa y África. Entre ellos, 76 representantes de 59 medios de fuera de México. Porque es indudable que la FIL es un punto de atención prioritaria para los periódicos, que le dedican secciones o suplementos especiales, y para las cadenas de radio y televisión, que retransmiten desde ella y a las que ofrece muchos... contenidos. La FIL sabe el interés mediático que despierta y les da a los medios una generosa dosis de lo que los medios suelen querer, a saber, entretenimiento y espectáculo, en este caso con el disfraz prestigiado de la cultura. A fin de cuentas, esta Feria es un gran acontecimiento de masas y una inmensa operación mercadotécnica.

Uno de diciembre histórico

La de este año ha sido una Feria marcada por una circunstancia histórica en México: la toma de posesión del primer presidente de un partido distinto al Partido Revolucionario Institucional (PRI) en 70 años: Vicente Fox, del Partido de Acción Nacional (PAN). No pocas de las intervenciones en las mesas redondas, las presentaciones de libros, las mil y una actividades culturales programadas en la FIL, incluyeron referencias más o menos explícitas al cambio de gobierno, al trascendente fin de una época, a la ilusión por la posible implantación de nuevos modos y rumbos en el desarrollo del país. Esperanzas, críticas, ilusiones, incertidumbres, que salpicaron también, como no podía ser menos, las conversaciones con los colegas mexicanos, cuyas opiniones, por regla general, estaban marcadas por el optimismo y por la conciencia de que se estaba produciendo un hecho histórico.

El día de la toma de posesión, el viernes uno de diciembre, fue festivo en todo México. No era posible pasear por la capital tapatía, en la mañana calma y soleada, sin la conciencia despierta de lo que estaba ocurriendo: la voz de Fox, omnipresente a través de altavoces, radios y televisores, le iba poniendo la música solemne de su discurso de investidura a calles y plazas, parques y mercados.

Sin mucho esfuerzo podía uno adivinar que la gente estaba “paladeando el grato sabor del último día del PRI”, como escribió ese mismo día en su columna del diario *Mural* Germán Dehesa, quien un día antes, en la presentación de un libro en la Feria, había confesado su alegría ante el inminente final de la “larga pesadilla”. En las calles, la mañana del primero de diciembre, paseantes con los ojos muy abiertos, “porque esto habrá que contárselo a nuestros nietos”, y ambiente de ilusión colectiva, de fiesta, de “epifanía civil” por “la aparición del ciudadano”.

Derechos de autor

En el marco de la FIL se celebró el VII Coloquio de Bibliotecarios, que organiza cada año la Coordinación de Bibliotecas de la Universidad de Guadalajara. En esta ocasión el Coloquio tuvo como tema monográfico el de “La biblioteca: derechos de autor y propiedad intelectual”, y pretendía someter a análisis y debate la necesidad de que los profesionales de la información cumplan sus funciones sin dejar de respetar la propiedad intelectual de autores y editores.

¿Cuál es el marco legal y la responsabilidad de los bibliotecarios en el ejercicio de su trabajo?, ¿cómo mantener la eficacia en los servicios de información ante determinadas obligaciones legales?, ¿cómo pueden los bibliotecarios y documentalistas contribuir a hacer respetar los derechos de autores y editores? Estas eran algunas de las preguntas a las que el Coloquio, en su planteamiento inicial, deseaba dar respuesta.

En la conferencia inaugural, José M^a. Desantes, especialista español en derecho de la información y catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid, repasó los avatares históricos del concepto de autoría y de la relación del autor con su obra, y defendió la tesis de que el Derecho de Autor contribuye a hacer efectivo el derecho a la información. Abogó por una concepción amplia del derecho de información, que integra tanto el derecho a la información como el derecho sobre la información, es decir, que incluye también al Derecho de Autor. En esa idea cifró la posibilidad de superar los debates estériles que surgen al pretender enfrentar la propiedad intelectual con el derecho de acceso a la información.

Por su parte, la argentina Delia Lipzyc expuso en su intervención el marco normativo internacional del Derecho de Autor. Completó la primera mañana del Coloquio una mesa redonda en la que participaron Adolfo Rodríguez Gallardo, bibliotecario mexicano responsable de la sección de América Latina de la IFLA; la española Nuria Gallart, en representación de FESABID; la agente literaria alemana Ray Güde Mertin y quien esto suscribe, en nombre del Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO).

Continuó el Coloquio con una segunda jornada dedicada a debatir el impacto de las nuevas tecnologías en los derechos de autor, y en la que tomaron la palabra, entre otros, Elda Mónica Guerrero, del comité de *copyright* de la IFLA, y, como responsables de otros tantos proyectos de bibliotecas virtuales, Clara López Guzmán, de la UNAM, y Pedro Pernías, de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, de la Universidad de Alicante. La tercera y última mañana se dedicó por completo al diálogo de los ponentes con el público, en un denso y enriquecedor debate.

Tuvo el Coloquio también su anécdota, cuando en el turno de debate de una de las mesas, un hombre, visiblemente ebrio (aún empuñaba el cubata), tomó el micrófono para empezar presentándose: “Yo soy un personaje más de la Historia que cataloga y clasifica”, y a continuación embarcarse en un sinuoso y confuso discurso de equívoca filiación... marxista (“Hay editores que dicen: ‘¡Aguas!, Marx es un pan caliente, nos lo van a quitar de las manos!’”), y en cualquier caso descalificador de cuanto en el Coloquio se venía diciendo (“¡Todo esto no es más que basura!”). La moderadora en ese momento, que era la especialista mexicana en comunicación y edición Sofía de la Mora, consiguió a duras penas

poner fin a esta intervención, aunque no le sirvió de mucho para ello dirigirse al disertante tratándole de “compañero” y “camarada”.

El Coloquio confirmó su prestigio, acreditado en anteriores ediciones, gracias a la elección de un tema de sumo interés profesional (según muchos, no un tema más, sino *el* tema más importante hoy por hoy en el panorama bibliotecario, y, más en general, de la información y la cultura), la muy bien pensada vertebración del programa y una magnífica organización, todo ello orquestado por la coordinadora del encuentro, María Inés Camarena de Obeso, y la responsable de la unidad de coordinación de bibliotecas de la Universidad guadalajareña, la española Pastora Rodríguez Aviñoá.

Pero ésta no fue la única actividad relacionada con los derechos de autor que se desarrolló en el marco de la Feria de Guadalajara. Justo el día anterior al de la inauguración del Coloquio de Bibliotecarios había concluido un taller para el desarrollo de sociedades de gestión de derechos reprográficos en América Latina, organizado conjuntamente por el Grupo Interamericano de Editores y CEDRO, como primer fruto de su convenio de colaboración, suscrito hace unos meses. En el taller, además de presentarse la situación de las tres entidades de gestión existentes en el área (CEMPRO en México, ABDR en Brasil y CEDRO en España), se expusieron los avances que para la creación de sociedades similares se han producido en Argentina, Chile, Colombia, Ecuador y Uruguay.

Entre las conclusiones del taller, cabe destacar la declaración inicial de que “el Derecho de Autor y la protección de la propiedad intelectual constituyen un apoyo imprescindible para la creación individual, para el desarrollo cultural y en general para la riqueza y el progreso de los pueblos”, así como los acuerdos para la realización de acciones conjuntas en defensa de los derechos de autores y editores. Recordemos que, además de una piratería editorial desaforada, el sector del libro latinoamericano sufre el problema de una masiva reprografía ilícita de material protegido por el Derecho de Autor. Ambos fenómenos suponen un volumen de negocio anual de un billón y medio de pesetas, por encima del volumen de negocio del propio sector editorial español, que ronda el billón de pesetas.

Por lo que respecta a la reprografía, si en España se fotocopian anualmente más de 4.800 millones de páginas protegidas sin la necesaria autorización de los titulares de derechos, en el conjunto de los países americanos de lengua española y portuguesa ese número asciende a unos 50.000 millones, con las consiguientes pérdidas económicas de autores y editores, que en última instancia causan también un grave perjuicio cultural a la sociedad, en los términos muy concretos de las creaciones que dejan de producirse y los libros que dejan de editarse.

Notas

(1) Sobre esta última, ver la crónica de Alfonso Moreira publicada en el número 29-30 de MEI, y el artículo que en ese mismo número dedicó Lola Miñarro a la Reunión Nacional de Bibliotecarios de Argentina.

(2) En su excelente nota sobre la XII edición de la FIL, celebrada en 1998, que se publicó en el Boletín de ANA-BAD, XLVIII (1998), nº. 3-4, julio-diciembre, pp. 155-158.

✍